

UNA VISION PERUANA DE LA CONQUISTA

Edmundo Guillén Guillén

Don Sebastián Yaku Willka, soldado de Waskar Inca: testigo presencial de la matanza del tambo de Cajamarca y del prendimiento de Atao Wallpa, del saqueo de Pachacamac y del sitio de la ciudad de Lima.

En homenaje al Dr. Luis E. Valcárcel

El testimonio de don Sebastián Yaku Willka, forma parte de otros diecisiete que figuran en la probanza que el Licenciado Benito López de Gamboa —Fiscal del Consejo de Indias— mandó hacer en el Perú, contra las pretensiones de doña Francisca Pizarro, que exigía el pago de 300,000 pesos que su padre, don Francisco Pizarro, había gastado en la guerra contra su tío Mango Inga Yupanqui y los beneficios que le adeudaban a su marido, don Hernando Pizarro, por el Marquesado de los Charcas ¹.

De acuerdo a lo ordenado por el Licenciado Ramírez de Cartagena —Fiscal de la Real Audiencia de Lima— don Sebastián Yaku Willka, testigo

¹ La copia de esta probanza, se halla actualmente en el Archivo General de Indias, en la Sección Escribanía de Cámara (E. de C.), legajo número 486A, con el siguiente epígrafe:

Probanza hechu por el señor fiscal/ en el pleito que seguían contra / ña Real Hacienda doña Francisca Pizarro y/don Hernando Pizarro su marido sobre / 300.000 pesos que gastó el Marqués Pizarro / padre de doña Francisca y hermano de Hernando en la / pacificación del alzamiento del Inga y en razón de los 20.000 vasallos que se le concedieron con el título de Marqués de los Charcas/.

(Aunque este documento está fechado en 1561, en realidad corresponde al año 1571).

presentado por parte del Rey, depuso su testimonio en el pueblo de Ayaviri donde entonces residía.

Esta diligencia se hizo el 3 de marzo de 1573, en presencia del Corregidor de la provincia de Guarochiri, don Diego Dávila Briceño y con la intervención de don Bartolomé de Prol, Escribano en Comisión, y de Diego Ticayo, intérprete oficial de la Real Audiencia de Lima, actuando como testigos don Antonio Sánchez y don Luis García, ambos residentes en el valle de Guarochiri.

Según se desprende de la lectura de este testimonio, don Sebastián Yaku Willka, con aquella memoria senil, respondió correctamente el interrogatorio, sobre los hechos que había visto y oído hablar durante los dramáticos años de la Conquista de 1531 a 1536 ².

El testigo

Cuando en 1532, los españoles invadieron nuestro territorio, don Sebastián Yaku Willka ocupaba la plaza de soldado en el ejército imperial de Waskar Inka.

Según su declaración, se encontraba prestando sus servicios en la ciudad del Cuzco, cuando —ante la sorpresa general— se supo de cómo unos extranjeros llamados *capacochas*, que se decían “hijos de la mar”, habían desembarcado en la costa tumbesina, y avanzando después tierra adentro, habían fundado un pueblo en el valle de Tangarara.

En efecto, se sabe por diversas fuentes, que los invasores se radicaron en este valle y permanecieron en el mismo, más o menos cinco meses al acecho de los resultados de la rebelión de Atao Wallpa. Durante este tiempo, las fuerzas legalistas fueron derrotadas y según algunos cronistas de segunda mano, Waskar Inka pidió ayuda a los invasores, para defender su trono ³.

2 De las 90 preguntas del interrogatorio de esta probanza, Yaku Willka, respondió a las siguientes: 1, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 20 y 54. Es decir a todas aquellas comprendidas entre 1532 a 1536.

3 Sostienen esta tesis: Zárate (475), Gómara (227) y después Garcilaso (IIa. Parte, Lib. I, cap. XVI, 36). Según Guaman Poma (376) y Oliva (95), el presunto diplomático encargado de esta gestión, fue nada menos que *Guaman Mallqui*, padre del citado cronista. Aunque la versión de P. Pizarro (465) podría confirmar esta opinión, sin embargo no conocemos otros documentos que confiablemente sustenten la veracidad de esta hipotética alianza entre Waskar Inka y los invasores.

Sin embargo, de los documentos más autorizados, no se desprende este intento; al contrario, según la relación del soldado Francisco Caroallalli, Waskar Inka ordenó el reclutamiento general, para defender la ciudad del Cuzco del avance rebelde y del posible ataque de los extranjeros ⁴. Y del testimonio del testigo Yaku Willka aparece, que el Inka, envió sus espías al campamento rebelde para conocer lo que el príncipe Atao Wallpa opinaba de los *capacochas* que avanzaban hacia el tambo de Cajamarca ⁵.

Tal vez esta previsión de Waskar Inka explica en parte, el por qué Yaku Willka, soldado de su ejército, se encontraba en el campamento de Atao Wallpa cuando los extranjeros se aproximaban al valle de Cajamarca.

Cualquiera que haya sido el motivo de la presencia de Yaku Willka en el campamento de Guamachuco, lo cierto es que este testigo acompañó al príncipe rebelde hasta los baños de Qoñoq —próximos al tambo de Cajamarca— donde entonces tuvo la oportunidad de presenciar la llegada de los capitanes españoles, que vestidos de colorado y en agitada caballería se entrevistaron con el príncipe Atao Wallpa ⁶. Aunque Yaku Willka declara que no escuchó los términos de esta famosa entrevista, se sabe por distintas fuentes que los capitanes Hernando de Soto y Hernando Pizarro, simulando afectuosa amistad, lo invitaron cortésmente para que fuese al tambo de Cajamarca ⁷.

Al día siguiente —dice Yaku Willka— el príncipe Atao Wallpa resolvió cumplir el ofrecimiento que había hecho a los extranjeros y acudió a la cita trágica, confiado en su poder y desdeñando el riesgo que podría ofrecer la pequeña hueste aventurera.

Cuando Atao Wallpa entró fastuosamente en el tambo de Cajamarca, Yaku Willka se encontraba en medio de la multitud de curiosos y no pudo ver los

4 A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fo. 45.

5 A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fo. 60.

6 Este testigo dice textualmente, que vio: “que llegaron dos de aquellos hijos de la mar a caballo y vestidos de colorado y armados con arcabuces y lanzas y espadas y allí llegaron a hablar al dicho Atabalipa” (A. G. I. E. de C. Leg. 496A, fo. 60). Guaman Poma, que recogió la tradición oral de esta famosa entrevista, refiere que “estos caballeros” que fueron a ver a Atao Wallpa, “iban cabalgados encima de dos caballos muy furiosos enjaezados y armados y llevaban mucho cascabel y penacho y los dichos caballeros armados de punta en blanco” (383).

7 De las versiones presenciales, se desprende que los comisionados de Pizarro, fueron a visitar al príncipe Atao Wallpa con el ánimo de engañarlo. Por esta razón, espontáneamente y de manera incondicional se ofrecieron por sus aliados y le dijeron que venían a servirlo contra sus enemigos y para tratarlo, como a un hermano y con mucho amor. Su propósito hábilmente simulado tuvo éxito y Atao Wallpa, aceptó ir al tambo de Cajamarca. (H. Pizarro, 122; el presunto Mena, 83, 84; el presunto Estete, 372; Ruiz de Arce, 424, Jerez: 326, 329; Trujillo, 56).

detalles de la celada española y únicamente se dio cuenta de la tragedia cuando los *capacochas*, saliendo de los galpones donde estaban escondidos, arremetieron “con gran furia” contra el sorprendido Atao Wallpa y lo apresaron después, en medio de una sangrienta matanza, sin que su escolta pudiera defenderlo ⁸.

Después de este nefasto suceso, Yaku Willka y otro testigo, el curaca Diego Inga Mocha, declaran que los enemigos se entregaron a la macabra tarea de despojar a los heridos y a los muertos de todos sus arreos ornamentales y luego al desvalijamiento de los que habían quedado vivos no respetando ni a las mujeres de la corte de Atao Wallpa ⁹.

En lo que se refiere al llamado “rescate de Atao Wallpa”, este testigo, dando al traste con las versiones españolas —afirma— que vio al propio Francisco Pizarro y a sus hermanos exigir al príncipe Atao Wallpa, la entrega de un cuantioso tesoro a cambio de su libertad y que el compromiso se formalizó en estas condiciones. El infortunado cautivo, confiando en la palabra del jefe enemigo, ordenó que inmediatamente salieran sus mensajeros a las distintas latitudes del Imperio para cumplir el pacto, porque en ello “le iba la vida” ¹⁰.

Después de estos hechos, Yaku Willka —según se desprende de su declaración— debió haber permanecido en el tambo de Cajamarca hasta fines del mes de diciembre del fatídico año de 1532.

En este intervalo refiere este testigo que Pizarro, no contento con las depredaciones hechas y el rescate exigido, bajo severas amenazas compelió a los principales que se encontraban en Cajamarca para que cada uno de ellos diera las riquezas que tenía o revelase el derrotero de las mismas. Entre estos —dice Yaku Willka— fueron llamados dos capitanes de Atao Wallpa, uno llamado Ynga Mayta Yupangui y el otro Urco Guaranga, quienes, ante el peligro de ser muertos, muy a su pesar revelaron a Pizarro la existencia de los tesoros del adoratorio Pachacamac y se comprometieron a llevar —bajo su protección— al capitán Hernando Pizarro, hasta este famoso centro religioso.

⁸ Jerez 333; H. Pizarro, 123; presuntos: Mena, 87 y Estete, 376; Oviedo, V, 56; Ruiz de Arce 424; P. Cataño, A.G.I. Patronato. leg. 90A R. 11; Causa criminal seguida contra Pizarro, A.G.I. E. de C. Leg. 1007.

⁹ A.G.I. E. de C. Leg. 496A, fo. 83v.

¹⁰ A.G.I. E. de C. Leg. 496A, fo. 62.

Preparada la expedición —poco antes de su partida— Yaku Willka declara que, instado por Pizarro y los capitanes indicados, fue a la provincia de los Yauyos y Guarochiri para notificar a los curacas la obligación de llevar hasta el adoratorio de Pachacamac ¹¹ todo el oro y plata que pudieran reunir para pagar la libertad del príncipe Atao Wallpa. En efecto, dice este testigo, que cumplió fielmente su misión e incluso, los llevó después a Pachacamac, donde vio entregar las riquezas que habían juntado, a los capitanes incas y a Hernando Pizarro. Yaku Willka dice que en este valle fue tan grande el tesoro que entonces se reunió, que se necesitaron más de diez mil hombres para llevarlo hasta el tambo de Cajamarca.

Después de este famoso saqueo, no se sabe en qué momento Yaku Willka regresó al tambo de Cajamarca. Lo único que se desprende de su declaración es que en el mes de julio de 1533 se encontraba en este lugar junto con mucha gente, esperando que el jefe enemigo cumpliera su palabra, dando la libertad al príncipe Atao Wallpa.

Este testigo, juntamente con otros que por estos días se hallaban en el tambo de Cajamarca, declara que Atao Wallpa, comprendiendo que había sido engañado y no lo soltaban de su prisión, él y sus capitanes realizaron una dramática gestión, para que en última instancia se le exilara a España, a cambio de entregar para el Rey la suma de seis millones de pesos de oro ¹².

Muerto Atao Wallpa y después del asesinato masivo de sus capitanes y parientes, se pierde las huellas de Yaku Willka, hasta mediados de 1536, que lo encontramos de nuevo como soldado patriota a órdenes del famoso capitán Quizu Yupangui.

Como sabemos por distintas fuentes, rota la alianza inca-española ¹³, por la traición de Pizarro, en abril de 1536 se inicia la guerra de Reconquista y los

11 *ibid.* fo. 64.

12 *ibid.* fo. 62v.

13 Por la alianza que llamamos de "Xaquixaguana", hecha el 14 de noviembre de 1533. Pizarro, reconoció la autoridad del príncipe Mango Inga Yupanqui como legítimo sucesor de Waskar Inka y se comprometió a prestar su ayuda militar contra el ejército rebelde al mando del general Apo Quizquiz. (Sancho de la Hoz, 61; testimonio de Juan de Pancorbo, Colec. García, I, 147; testimonio de Santiago Moyón Topa. *ibid.* 1042v; testimonio de Lorenzo Mango. *ibid.* 1030, 1034; Carta del Ayuntamiento de Jauja al Emperador. Jauja, 20. VII. 1534; carta de D. de Almagro al Emperador, San Miguel, 8.V.1534; Zárate, 480; Murúa, 190; Garcilaso, Lib. II, cap. VI, 88; cap. XXII, 118; Herrera, Dec. V, lib. VI, cap. III, 368; R.A.U. del Cuzco, II, 376; Ch. Lummis, 220; R. Vargas U. I, 76; R. Porras, Jauja R.H. XVIII-II.)

ejércitos peruanos sitian la ciudad del Cuzco, ocupan la sierra central y resuelven luego cercar la ciudad de Lima.

En estas circunstancias, cuando el ejército peruano, después de vencer a varias expediciones enemigas, avanza a la ciudad de Lima para acabar con los invasores en su principal reducto, Yuku Willka, entusiasmado por las victorias patriotas, sin vacilación alguna, se enroló en las fuerzas nacionalistas y vino a poner cerco a esta ciudad.

Según los numerosos testimonios que conocemos, el asedio de la ciudad fue corto y violento. Muerto heroicamente el capitán Quizu Yupangui y ante la resistencia de las fuerzas colaboracionistas que defendían a los españoles, el comando patriota dio la orden de retirada después de más o menos ocho a doce días de lucha por ocupar la ciudad de Lima.

Si bien esta famosa alianza, no contó con la simpatía del grupo de "Villaoma" o "Vilaoma", sin embargo, Mango Inga Yupangui, por razones de estado, prefirió esta solución, para acabar con el mayor peligro que entonces significaba el poderoso ejército de Quizquiz (Titu Cusi Yupangui, 47) y por esta circunstancia Pizarro, entró en la gran ciudad del Cuzco, no como conquistador sino como el providencial aliado y el restaurador de la legítima autoridad del Imperio.

Mango Inga Yupangui, pese a la oposición de muchos de sus capitanes, se mantuvo leal a sus aliados y según varios testimonios, les franqueó libremente las riquezas del Cuzco, incluyendo el templo del Sol, les dio las mejores residencias y *yanacunas* para su servicio. La restitución de su reino, bien valía esta compensación a sus fortuitos aliados. (Titu Cusi Yupangui, 37; testimonio de Francisco Guaranga Inga (este declarante dice que "Mango Inga Yupangui, metió a los españoles en esta ciudad y les entregó la casa del Sol con sus tesoros y riquezas"). Colec. García, I, 179v; Carta del ayuntamiento de Jauja al Emperador, Jauja, 20.VII.1534 etc).

Según numerosos testimonios, Francisco Pizarro después de partida la expedición de Almagro a Chile, arteramente —rompiendo una vez más su compromiso— prendió al joven monarca, so capa que había planeado matar a los españoles. Cierta o no la existencia de esta conspiración, lo evidente es que Pizarro con más codicia que antes, afrentó al Inca y le exigió un fuerte rescate para soltarlo de su prisión y que, después de oprobiosos vejámenes, logró evadirse del Cuzco y librarse de sus inconsecuentes aliados e iniciar la guerra de Reconquista.

De este modo, la alianza con los españoles, terminó dramáticamente.

Ahora bien, es interesante advertir que, los datos expuestos, dejan atrás la idea aquella, de que Mango Inga Yupangui, se presentó a Pizarro sumisamente y fugitivo y que después este jefe, lo nombró a dedo y le dio graciosamente la *mascapaycha*. La verdad es distinta, cuando menos las versiones peruanas nos dan otra perspectiva. Según éstas, Mango Inga Yupangui, fue elegido por la corte cuzqueña al saberse la muerte de Waskar Inca y cuando los españoles fueron atacados por las fuerzas rebeldes en las alturas de Vilcaconga (*Willka Kungka*), salió con su ejército a defenderlos y por este auxilio Quizquiz se retiró, y no como imaginan los cronistas que tal retirada se debió a la corneta del soldado Alconchel. (Carta del Gobernador y Oficiales Reales de la Nueva Castilla al Cabildo de Panamá. Jauja, 25.V.1534; Carta de Almagro al Emperador, San Miguel, 8.V.1534; testigos: Lorenzo Mango y Francisco Auca Micho Inga, Colec. García, I. 181v y 1030; testimonio de Juan de Pan-corbo, Colec. García, 147; Sancho de la Hoz, 64; Titu Cusi Yupangui, 23 etc.).

Después de este suceso, se pierde definitivamente el rastro biográfico de Yaku Willka hasta que, en marzo de 1573, la Comisión enviada por la Real Audiencia de Lima, lo encuentra en el pueblo de Ayaviri, donde entonces depuso su testimonio, hilvanando con claridad todos aquellos recuerdos que intensamente había vivido en los primeros años de la Conquista.

Valor histórico de la declaración de Yaku Willka

La versión de este testigo, sin tener los caracteres de una crónica, por su contenido, extensión y presencialidad, resulta un documento de singular importancia para el estudio de la actitud peruana en los primeros momentos de la invasión extranjera y, a la vez, una fuente de primera mano para explicar a nivel soldadesco el éxito enemigo en el tambo de Cajamarca.

El testimonio de Yaku Willka resulta así, para el investigador, un documento de trabajo indispensable para confrontar las fuentes conocidas y discernir su mayor o menor confiabilidad histórica.

Ahora bien, para apreciar objetivamente el valor histórico de este testimonio, reseñamos a continuación algunos de los aportes que se desprenden de la lectura de este importante documento:

1º. Las noticias llegadas al Cuzco identificaron a los extranjeros que habían desembarcado en el litoral tumbesino, con el nombre excepcional de *capacochas* (Qhapaq Kochakuna) por imaginarlos presuntamente como “hijos de la mar”¹⁴.

¹⁴ El vocablo *capacocha* (Qhapaq Kocha), resulta del *runa simi*: *Capac*, rey, emperador, rico y de *cocha*, mar, generalmente; según aparece en los vocabularios de Fray Domingo de Santo Tomás (1560) y de Diego González Holguín (1608). Si bien ambos términos unidos, literalmente significan: tanto como “reyes del mar”, los testigos: Yaku Willka y Chuqui Xulca, lo traducen por “hijos de la mar”.

Es importante advertir, que *qhapa kochka*, no debe confundirse con la ceremonia expiatoria llamada: *Capac hucha cocuy* por Pachacuti Yamqui (292) o *capaocha* por C. de Castro y D. Ortega Morejón y Aranibar, necropampa. R.M.N. XXXVI-125. Aunque en las versiones de Cieza de León (IIa. Parte. XXIX, 114), de Sarmiento de Gamboa (217), Molina (91) y en los documentos publicados por M. Rostworowski (R.M.N., XXXV) se escribe: *capacocha*, debe leerse, *capac ocha*. *Hucha*. Además, *ocha*, en los vocabularios citados, significa, pecado; *hochayoc*, pecador, *huchapituik* el procurador, *ucha utcachik*, el solicitador, etc.

Finalmente, según la Relación de C. de Castro y D. Ortega Morejón, el funcionario que visitaba las provincias para “castigar los pecados” se llamaba *Ocha camayoc* (242).

Diego Chuqui Xulca, señor principal de los Yauyos, soldado que había sido de Waskar Inka, dice también —confirmando la versión de Yaku Willka— que las primeras noticias que llegaron a esta provincia identificaron a los extraños invasores con el nombre de *capacochas* (A. G. I., E. de C. leg. 496A, fo. 33v y 60).

Estos dos testimonios, uno recogido en el Cuzco y el otro en la provincia de los Yauyos, con las versiones de Benzoni (64) y Gutiérrez de Santa Clara (III, 244), parecerían demostrar — cuando menos indiciariamente— que los misteriosos visitantes, por su aspecto físico y sus flotantes “casas de madera”, fueron llamados *capacochas* o *qhapaq kochakuna* en razón de su presunta filiación marina.

Aunque esclarecer este detalle, aparentemente no tuviese trascendencia histórica, en el fondo sí la tiene. Porque conocer con certeza las primeras impresiones que se tuvo de los extranjeros, permitirá en cierto modo explicar la opinión y la actitud peruanas, en los primeros años de la invasión y particularmente a nivel popular y oficialista.

De las fuentes que hemos revisado, se desprende que pasadas las primeras impresiones sobre lo que podían ser estos presuntos *qhapaq kochakuna*— los pobladores de la isla de Puná y de los valles costeros, comprendieron con desilusión y amargura, que los hombres que habían llegado a sus tierras, no eran seres extraordinarios como simularon en 1528, sino vulgares aventureros, crueles, concupiscentes y condiciosos de oro y plata. Así también lo entendieron en la corte cuzqueña, según se desprende del testimonio de Cayo Inga (A. G. I., E. de C., leg. 496A, fo. 94v) y en el comando del ejército rebelde de Atao Wallpa (Jerez, 331; H. Pizarro, 122). Los cronistas presenciales dicen: efectivamente la gente tuvo mala impresión de los españoles. Unos les llamaban “barbudos” (*zuncasapas* o *zunqasapakuna*) y otros despectivamente “ladrones” (*suas* o *suakuna*) y “haraganes” (*quella siquikuna*) por andar fatigados en los caniculares arenales de la costa y en las penosas subidas de la sierra, confirmando así la pésima fama que ya tenían entre los pobladores de la costa. (Zárate, 476; presuntos: Mena, 79, 80 y Estete, 378; Ruiz de Arce, 88, 89; Trujillo, 55; P. Pizarro, 465, Benzoni, 64; Cieza III, M.P. 340 pág. 408; Herrera. Dec. IV, Lib. VII., cap. IX., 362).

Pero estas impresiones insultantes y desdeñosas, cambiaron súbitamente, después de la sangrienta matanza del tambo de Cajamarca y el prendimiento de Atao Wallpa. El éxito español fue tan contundente, que su acción produjo

un verdadero trauma político en el Imperio, en tales dimensiones que el prestigio divino e invencible de los incas se desplazó en favor de los extranjeros que convulsionó profundamente al mundo andino. Desde entonces, los pueblos sometidos no pensaron sino en aprovechar el poder de los españoles para librarse de los incas y los bandos rivales para reducir a sus adversarios. El colaboracionismo de los curacas poderosos y la alianza del bando realista con los españoles, prueban la presunción que sostenemos.

Cieza de León, refiriéndose a este prestigio, dice: que los cuzqueños (del bando de Waskar Inka) se holgaron tanto del prendimiento de Atao Wallpa, que creyeron que los españoles habían sido “enviados por mano de su gran dios Ticiviracocha y ser sus hijos” (IIa. parte V, 11; III parte, M. P. N.º 361, pág. 259).

Polo de Ondegardo, explicando con más detalle las impresiones que los rebeldes y realistas tuvieron de los españoles, dice lo siguiente:

“De esta fábula — del dios Viracocha — que estos cuentan se entenderá la ocasión que tuvieron de llamar a los cristianos Viracochas en que tantas opiniones hay y es así que al tiempo que los capitanes de Atabalipa prendieron en el Cuzco a Guascar Inga por engaños después que lo llevaron hicieron los ingas un gran sacrificio al Viracocha para que le librase en quematorio a gran suma de niños y carneros y ropa y como inmediatamente cuando se acabó vino nueva que los cristianos habían prendido a Atabalipa entendieron que fuese gente que hubiese enviado el Viracocha por razón del sacrificio y llamáronlos Viracochas y este nombre bajó del Cuzco donde se introdujo porque en el campo de Atabalipa antes y después que le prendiesen no los llamaban sino zuncazapa que quiere decir barbudos y esta es la verdadera historia y es bien que se sepa” (R. H. XIII, 154. Sigue esta versión Cobo II. 99; Acosta. Lib. IV, cap. XXII, 202).

El tardío cronista Pachacuti Yanqui Salcamaygua —que recogió la tradición oral de sus padres— confirmando la versión citada, dice: que después del prendimiento de Atao Wallpa en medio de tanta gente y de la matanza de más de doce mil personas, los incas “entendieron” que los españoles, no podían ser sino mensajeros del mismo “Pachayachachi Viracochan” y que por esta causa nadie se atrevió a tocarlos ni hacerles daño alguno (318).

Pese a estos claros testimonios, algunos cronistas tratando de explicar benignamente la derrota peruana, pretenden sostener que ésta fue obra del fatalismo histórico. Los incas —afirman— no se defendieron por imaginar que

los invasores eran enviados del dios Viracocha y atendiendo el mandato póstumo de Wayna Qhapaq.

En efecto, un grupo de autores, sostiene la tesis que Wayna Qhapaq, recomendó a los dirigentes del Imperio no resistir a los españoles, por cuya razón, Atao Wallpa como un nuevo Motecuhzoma cayó víctima de su fatalismo y los incas aceptaron después con cándido estoicismo el vasallaje extranjero. (Zárate, 478; Gómara, 230; presunto Molina, 78; Cieza de León, LXVIII, 261; P. Pizarro, 579; Garcilaso de la Vega, IIa. Parte, Lib. II, cap. VI, 88; XI, 97; XII, 99; XVIII, 110; XXIII, 119; Guamán Poma, 378; Salinas, 58 etc.). Otro simplemente da a entender que los incas se equivocaron por las apariencias externas de los españoles y pensando que eran mensajeros de “Viracocha”, los recibieron pacíficamente hasta que después se dieron cuenta de su trágico error y los creyeron mas bien “hijos del diablo” (*supaypaguagan*). Sarmiento, 273; Cabello Valboa, 466; Marúa, 173; Titu Cusi Yupangui, 10, 13, 14, 32; Cieza de León, IIa. Parte, cap. V, II; Gutiérrez, III, 244; Garcilaso, IIa. parte, Lib. I cap. XL, 76).

La verdad histórica está por encima de estos risueños embelesos. El Perú fue vencido entonces por causas realmente complejas que en algún momento las daremos a conocer documentalmente. Mientras tanto, a despecho de esta leyenda negra, podemos afirmar que pasadas las primeras sorpresas y las intrigas que se fraguaron entre 1532 a 1535, los incas emprendieron la guerra de reconquista — una de las más épicas que se registran en la historia universal— en cuya lucha se inmolaron heroicamente los mejores capitanes del Imperio, cuyas hazañas, silenciadas por los historiadores hispanistas, serán escritas algún día por aquellos investigadores que trabajan por una auténtica historia del Perú.

2º El príncipe Atao Wallpa, de la provincia de Guamachuco fue directamente a acantonarse —en los baños termales de Qoñoq—¹⁵ cerca del tam-

15 Titu Cusi Yupanqui, lo llama: *conoc* (11), Cabello Valboa: *cunu* (469) y Murúa *conoc* (174). El topónimo *Qoñoq*, está vinculado a los términos: *coñisca*, caliente (*Lexicon*, 1560) y *ccoñipacha*, *ccoñiquiti*, caliente lugar; *ccoñik puquio*, calientes baños (Vocabulario de González Holguín, 1608). En el *Diccionario Geográfico del Perú*, de Stiglich, aparecen los topónimos: *conoc* y *coñec*, también asociados a la existencia de aguas termales. Tello (*Páginas...* 225), W. Espinoza (*La Guaranga...* 16) y entre otros más J. A. del Busto (J. Mogrovejo de Quiñones... R.H. XXVII, 315), identifican el campamento de Atao Wallpa, con el nombre de Pultumarca o Pullumarca.

bo de Cajamarca, para esperar allí a los extranjeros que venían desde lejos a visitarlo.

Según la cronología de Jerez —Secretario de Pizarro— Atao Wallpa estuvo en el tambo de Caxas hasta los primeros días del mes de octubre de 1532; el 1.º de noviembre estaba en la provincia de Guamachuco y el 5 del mismo fue a los baños de Qoñoq, mientras que los españoles avanzaban cautelosamente al tambo de Cajamarca (326, 327, 328). De otras versiones se desprende igualmente que, de Guamachuco, regresó directamente a los baños citados que por estar próximos al tambo de Cajamarca, resultaba lugar adecuado para esperar a los extranjeros. (Presunto Mena, 90; presunto Molina, 78; Sarmiento, 272, 273; Titu Cusi Yupangui, 8, 10; Guaman Poma, 381 etc.).

Aunque esta cronología parece confiable, sin embargo, del documento publicado por W. Espinoza sobre las etnias Chachas, resulta que Atao Wallpa, de la provincia de Guamachuco, antes fue hasta la *llacta* de Pupos en la región chachapoyana para retornar después al tambo de Cajamarca y acampar en los baños de Qoñoq o Pultumarca. Ahora bien, en cuanto a la oportunidad de esta expedición, tenemos nuestras dudas, particularmente si no se aclara cómo en 1532, don Francisco Pizarro Guamán, aparece primero “mancebo” y después muy “viejo” para viajar a las provincias de Quito (R. H. *Los señorios*. . . XXX, 254, 315, 265, 318).

3º Por parte de la hueste extranjera, visitaron al príncipe Atao Wallpa dos de sus capitanes, quienes según las fuentes conocidas —simulando ardida amistad— le rogaron fuese al tambo de Cajamarca para entrevistarse con su jefe, que venía de lejos para ofrecerse por fraternal aliado ¹⁶. Lo que realmente se dijo en esta famosa entrevista, es probable que nunca se sepa con exactitud. Los testigos presenciales, el soldado Yaku Willka y el curaca Inga Mocha, alejados del estrado oficial, nada pudieron oír (A. G. I., E. de C., leg. 496A, fos. 60, 83) y las únicas versiones que

16 Según se desprende de los cronistas presenciales y otros documentos confiables. Pizarro, marchó a Cajamarca inspirado en el modelo cortesiano y seguro que tomado Atao Wallpa, lo “ restante sería ligeramente pacificado” (Jerez, 325). Dentro de este plan. la hueste aventurera en todo momento simuló amistad y propósitos pacíficos y Pizarro, no perdió la oportunidad de hacer presente al príncipe Atao Wallpa, que él y su gente se ofrecían como su incondicionales aliados contra sus “enemigos” y que venía de muy lejos para ser su “hermano” —y para evitar sospechas— le insistió después, que luego de verlo, seguiría su camino de largo, “hasta descubrir la otra mar”. (*ibid.* 326, 329, 331).

de este encuentro han llegado hasta nosotros, son las de los enemigos, que con risueña fanfarronería, describe cada uno por su parte los detalles de esta histórica visita al príncipe Atao Wallpa.

Hernando Pizarro, hombre baladrón y presuntuoso, que afirma descaradamente haber sido él el primero en hablar con Atao Wallpa, relata esta entrevista en los siguientes términos:

“Y yo le dije al Atabalipa que el gobernador me enviaba a visitarle, y que le rogaba que le viniese a ver, porque le estaba esperando para holgarse con él, y que le tenía por amigo. Díjome que un cacique del pueblo de San Miguel le había enviado a decir que éramos mala gente y no buena para la guerra, y que aquel cacique nos había muerto caballos y gente. Yo le dije que aquella gente de San Miguel eran como mujeres, y que un caballo bastaba para toda aquella tierra y que cuando nos viese pelear, vería quién éramos: que el gobernador le quería mucho y que si tenía algún enemigo que se lo dijese, que él enviaría a conquistar. Díjome que cuatro jornadas de allí estaban unos indios muy reacios que no podía con ellos, que allí irían los cristianos a ayudar a su gente. Díjele que el gobernador enviaría diez de caballo, que bastaba para toda la tierra, que sus indios no eran menester sino para buscar los que se escondiesen. Sonriose como hombre que no nos tenía en tanto” (121).

Jerez —Secretario de Pizarro— magnificando la petulancia de Hernando Pizarro, da de oídas la siguiente versión:

“Y llegado — Hernando Pizarro — cerca de donde Atabalipa estaba, dijo el capitán que con él estaba: Este es un hermano del gobernador: háblale, que viene a verte. Entonces alzó los ojos el cacique y dijo: Maizabilica, un capitán que tengo en el río Zuricara, me envió decir cómo tratábades mal a los caciques echabandeslos en cadenas y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana a ver al gobernador y ser amigo de los cristianos, porque son buenos. Hernando Pizarro respondió: Maizabilica es un bellaco, y a él y

Si Atao Wallpa, creyó o no en la sinceridad de estos ofrecimientos no será fácil determinar. Lo único cierto, es que por curiosidad o excesiva confianza, este príncipe, cayó incautamente en el juego enemigo.

Esta política seguida por Pizarro, demuestra que la entrevista de Qoñoq, no debió haberse realizado en los términos insolentes que presume Hernando Pizarro, sino cordial y sumisamente para asegurar el engaño que cautelosamente tenían previsto.

Lo expuesto deja al margen la hipótesis de quienes intentan justificar el crimen de Cajamarca, alegando que los españoles atacaron al príncipe Atao Wallpa en defensa propia y para salvar sus vidas.

a todos los indios de aquel río matará un solo cristiano; ¿cómo podía él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas? El gobernador ni los cristianos no tratan mal a los caciques sino quieren guerra con él, porque a los buenos que quieren ser sus amigos los trata bien, y a los que quieren guerra se las hace hasta destruirlos; y cuando tu vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Maizabilca te mintió. Atabalipa dijo: un cacique no me ha querido obedecer, mi gente irá con vosotros, y haréisle guerra. Hernando Pizarro respondió: para un cacique, por mucha gente que tenga no es menester que vayan tus indios, sino diez cristianos a caballo lo destruirán. Atabalipa se rió y dijo que bebiesen. . .” (331).

(El cronista P. Pizarro, desmintiendo la afirmación de H. Pizarro, refiere que en efecto, los tumbesinos, mataron a los tres españoles que hizo referencia Atao Wallpa. p. 460).

En cierto modo contradiciendo a las versiones citadas, los otros testigos presenciales, refieren que la actitud de Hernando de Soto y Hernando Pizarro, fue de extremada cortesía — y debió ser así— porque un error en la comisión que llevaban habría desbaratado la estratagema cuidadosamente preparada por los enemigos.

El presunto capitán Cristóbal de Mena — testigo presencial de esta entrevista— dice que el primero que habló con Atao Wallpa, fue Hernando de Soto, refiere que en este acto:

“Sacó un anillo del dedo y se lo dió en señal de paz y de amor de parte de los cristianos. El (Atao Wallpa) lo tomó con poca estima: luego vino Hernando Pizarro que se había quedado algo atrás a poner tres o cuatro de caballo en un puerto donde había un malpaso: y traía a las ancas del caballo un indio que era la lengua: y llegose al cacique con muy poco temor del y de toda su gente y dijole que alzase la cabeza, que la tenía muy baja, y que le hablase, pues era su amigo, y le venía a ver: y rogole que por la mañana fuese a ver al gobernador, que le deseaba mucho ver. . .” (83, 84).

Juan Ruiz de Arce, otro de los presuntos testigos oculares, dice a su vez: “Le dijimos que fuese, que lo estaba esperando (el gobernador), que no se había de aposentar, ni comer hasta que él fuese. El (Atao Wallpa) respondió que todos aquellos días ayunaba, que otro día iría a ver” (421).

Diego de Trujillo, con aquella farfolla senil y propenso a fanfarronerías y a presumirse en las acciones más importantes, relata lo siguiente:

“Luego aquel día el gobernador envió al capitán Soto con 20 de a caballo, a visitar a Atabalipa y entró en los aposentos a donde estaba, y allí estuvo, hasta que era muy tarde y como salía (sic), sospechando el gobernador si los habían muerto, fue Hernando Pizarro con gente de a pie y de a caballo, a reconocer lo que había, yo fui con él, y llegados estaba el capitán Soto con la gente que había llevado y díjole Hernando Pizarro que hace vmd. y el respondió aquí me tiene diciendo ya sale Atabalipa que estaba metido en su aposento, y no sale; dijo Hernando Pizarro a la lengua dile que salga, y volvió el mensajero, y dijo que espereis que luego saldrá y entonces dijo Hernando Pizarro, decidle al perro que salga luego y un Inga que había ido a Maixicavilca por espía en hábito de tallán a quién Hernando Pizarro no entendiendo que era espía de Atabalipa lo dio con un dicho que lo descalabró entró, y dijo a Atabalipa, salga luego que está aquí aquel mal hombre que me descalabró en Maixicavilca y entonces salió Atabalipa con dos vasos de oro pequeños, llenos de chicha y dióle uno a Hernando Pizarro, y el otro bebió él, y luego tomó dos vasos de plata, y el uno, dió al capitán Soto, y el otro bebió él, y entonces le dijo Hernando Pizarro a la lengua. Dile Atabalipa, que de mi al capitán Soto no hay diferencia, que ambos somos capitanes del Rey, y por hacerlo que el Rey nos manda, dejamos nuestras tierras, y venimos a hacerle entender las cosas de la fe; y allí concertaron con Atabalipa que vendría otro día que era sábado (16 de noviembre de 1532) a Caxamalca” (56).

Como es fácil advertir, estas versiones discordantes no son históricamente confiables y al contrario, por su maliciosa parcialidad y jactancioso desdén por lo peruano, resultan manifiestamente lesivas a nuestra auténtica tradición nacional, cuyos relatos recogidos por algunos historiadores con carácter de verídicas requieren mayor discriminación científica.

4º El príncipe Atao Wallpa acudió a la cita trágica, aparentemente impulsado por la curiosidad, seguro de su poder bélico y confiando que siendo los extranjeros tan pocos no significaban ningún peligro de agresividad.

Aunque se ha criticado secularmente la imprudencia y la poca cautela de Atao Wallpa, las nuevas investigaciones históricas revelan, que este príncipe, tuvo razones muy claras y objetivas que alentaron su confianza —si se quiere motivos de carácter estratégico— para atraer a la hueste enemiga hasta el tambo de Cajamarca y si las cosas salieron al revés para Atao Wallpa, debe entenderse que en la guerra existen imponderables que desvían el curso de la historia.

De las relaciones presenciales y aún tardías se desprende esta opinión. Atao Wallpa, sabiendo que los españoles habían resuelto ir a buscarlo donde él estaba, en lugar de aniquilarlos en el camino, por consejo de sus capitanes y la recomendación de sus espías, prefirió por razones de carácter estratégico dejarlos entrar, para tomarlos “sobre seguro” en el tambo de Cajamarca, donde no había posibilidad alguna que escaparan.

En efecto, para el comando del ejército rebelde, lo más importante no era la vida de los españoles, sino la posibilidad de quitarles sus extrañas armas y curiosas cabalgaduras. Para Atao Wallpa— pensando en términos militares— el forjador de espadas y el volteador de caballos valían por toda la mesnada aventurera; por esta razón sostienen los cronistas oculares, que a todos ellos por ser tan pocos, no los “tuvo en tanto” y a sus armas “en nada”, y en lugar de perturbarles el paso, con vehemencia los apuró más, seguro que en cualquier momento bastaban unos doscientos hombres para atraparlos vivos a ellos y a sus caballos.

(H. Pizarro, 124; C. D. I. H. Ch., V, 406, presuntos: Estete, 374, 378 y Mena, 79, 88; Ruiz de Arce, 420, 422; Trujillo, 55; P. Pizarro, 465, 466, 467, 479; Jerez, 329; Oviedo, V, 57; Benzoni, 6; Zárate, 476, 478; Gómara, 227; Cieza, IIIa parte. XXXIII M. P. 340, 471; presunto Molina, 79; *Relación de Andagoya*, II, 249; Titu Cusi Yupangui, 10; Murúa, 173, 174; Cabello Valboa; 465 etc.).

Las referencias expuestas, confirman la impresión que Yaku Willka recogió en el campamento de Qoñoq. Atao Wallpa, acudió al tambo de Cajamarca, sin hacer caso al “poco número” de españoles y seguro que en el “mundo no había gente que fuese más valiente” que él y su ejército. De aquí, después de producida la tragedia, expresó a sus enemigos que por aquellos avatares de la guerra, las cosas le habían salido al revés porque sus espías y sus capitanes le habían engañado e incluso el propio oráculo de Pachacamac, por lo que no atendió el fatídico vaticinio del ídolo Catequil de Guamachuco, (Jerez, 333; Ruiz de Arce, 420, 422; presunto Molina, 78, 79; P. Pizarro, 479; Sarmiento, 268; presunto Mena, 88; Enriquez, 145; presunto Estete, 378; *Relación Francesa*, 71; *Relación de Andagoya*; Fernández II, 249; Oviedo, V, 57, 45).

5º. Atao Wallpa, fue atacado sorpresiva y traidoramente por los españoles y fue hecho prisionero en medio de una matanza increíble, sin que su gente pudiera defenderlo y hacer resistencia alguna.

En efecto, los testigos oculares, el soldado Yaku Willka y el curaca Inga Mocha, declaran, que el ataque al príncipe Atao Wallpa fue hecho tan de improviso y violentamente, que provocó el terror de los miles de curiosos que habían asistido al tambo de Cajamarca y el desconcierto de su escolta, que no pudo pelear ni defenderse de los sanguinarios enemigos.

Yaku Willka, relatando este trágico suceso dice lo siguiente: “Vió este testigo que los dichos españoles arremetieron con grande furia al dicho Atabalipa y a los capitanes que con él estaban lo prendieron y mataron muchos de ellos. . . sin que los dichos Atabalipa y sus capitanes y deudos y parientes y soldados hiciesen guerra ni defensa alguna de armas” y añade, que esto ocurrió porque Atao Wallpa y su gente no hicieron “cuenta de los españoles” por ser éstos pocos y ellos “muchos” y porque también, creyeron “que en el mundo todo no había gente que los pudiese domeñar ni vencer ni fuese más valiente que ellos” y por esta causa fueron desbaratados y “los prendieron y mataron por la dicha opinión que de sí tenían porque cuando llegaron a las manos y quisieron defender a su Inga y Señor no pudieron pelear ni hacer defensa alguna” (A. G. I., E. de C., Leg. 946A, fo. 61).

El curaca Inga Mocha, refiere a su vez que:

“El marqués don Francisco Pizarro y los demás españoles que con él estaban arremetieron de golpe al dicho Atabalipa y a la gente que con él venía matando y destrozando muchos de ellos y los indios con grandes voces y alaridos que daban contra los españoles y así comensaron los indios arremolinar al derredor del dicho Atabalipa porque no le matasen y los españoles no hacían sino herir y matar hasta que llegaron a prender al dicho Atabalipa y le metieron en una casa y le pusieron guardas y luego todos los indios y principales estuvieron quedos sin se menear ni hacer guerra sino que algunos se huían porque no los matasen y este testigo salio allí muy mal herido las cuales mostró al presente. . .” (A.G.I. E. de C., Leg. 496A, fo. 83).

Los cronistas presenciales confirman estos datos y aportan mayores detalles sobre esta tragedia. Todos ellos están de acuerdo en que el éxito sobre Atao Wallpa, se debió a que la celada preparada cuidadosamente — con el factor sorpresa y violencia — dio excelentes resultados.

Hernando Pizarro, refiere que el “Gobernador había mandado repartir la gente en tres galpones que estaban en la plaza, en triángulo (una mala lectura de este texto ha dado lugar a que algunos presuman que la plaza del tambo

de Cajamarca tuvo forma triangular) y que estuviesen a caballo y armados hasta ver que determinación traía Atabalipa” (123). Ruiz de Arce, que estaba concertado que a una señal del Gobernador, “saliésemos todos a tropel” (423). Los presuntos Mena (85) y Estete (373) y Jerez, dicen a su vez que soltada la artillería saldrían todos a atacar sorpresivamente al príncipe Atau Wallpa gritando, ¡Santiago!

Confirmando los detalles de esta celada, el soldado Pedro Cataño en su versión poco conocida relata lo siguiente:

“... Salió fray Vicente Valverde Obispo que fue del Perú con la lengua por mandado del Gobernador don Francisco Pizarro a hablar de su parte al cacique para que fuese al aposento del dicho Gobernador y asimismo la lengua le habló y el dicho frayle le dijo estaba esperando su hermano el Gobernador porque su Magestad le había mandado que le tuviese por hermano y le enseñase las cosas de Dios y le mostró el breviario diciendo que allí estaban escritas y el Atabalipa se lo pidió según el frayle publicó y se lo arrojó al suelo y le dijo que no estuviese más ante él y se fuese y dijese, al Gobernador que NO SE PARTIRIA DE ALLI HASTA TANTO TODO CUANTO HABIAN TOMADO LOS CRISTIANOS EN SU TIERRA SE LO TRAJESEN ALLI y el frayle con esta nueva volvió al Gobernador y animando a la gente para que saliesen a pelear con ellos porque si la noche venía según la multitud de los indios (que) traían los matarían allí a todos y estando en esto QUE ESTABA ACORDADO QUE TIRANDO UN TIRO SALIESE LA GENTE que estaba repartida en sus cuarteles los de caballo con sus capitanes y la gente de a pie con el Gobernador y como no se tiraba el tiro todos los cristianos estaban turbados y visto esto salió el capitán Hernando de Soto con tres de a caballo que estaban con él entre los cuales era uno este testigo porque eran compañeros casi como salieron fueron a dar donde estaba en la litera en los indios y como pasaron por ellos cuando revolvieron sobre ellos vieron como la gente también toda andaba ya envuelta con los indios y andando así peleando hallaron como venían de secreto armados debajo de sus libreas y ovó este testigo allí decir como el dicho Hernando Pizarro había caído de su caballo y le habían llevado a la posada lixado (sic) y así se prendió al cacique...” (A.G.I. Patronato leg. 90A Ramo 11).

Hernando Pizarro, silenciando maliciosamente la celada preparada contra Atau Wallpa y tratando de escamotear la responsabilidad de los españoles — en esta innecesaria matanza— dijo que se ordenó el ataque en defensa propia, para evitar que el citado príncipe matara a todos los castellanos. En la confesión que depuso para explicar su conducta y la de su hermano Francisco

Pizarro en el desbarate de Atao Wallpa, relató los detalles del prendimiento de este príncipe en los siguientes términos:

“Este confesante se halló al tiempo que el dicho Atabalipa con mucha gente de guerra vino al pueblo de Caxamalca donde traía acordado y concertado so color de paz de aposentarse entre los cristianos y aquella noche dar en ellos y matarlos dejando para ello gente atrás de lo cual fueron avisados por los indios y gente que el Atabalipa traía y luego como el dicho Atabalipa entró en la plaza pareciéndole al dicho Atabalipa que eran pocos los cristianos crecióle la soberbia y no quizo aguardar EL CONCIERTO y volvió en las andas en que venía la cabeza atrás aquella misma su gente y a la sazón salió el frayle Vicente Valverde y entre otras cosas que le dijo de buenas palabras dijo que era siervo de Dios y que venía a administrarlos y doctrinarlos en la fe y le mostró un libro diciéndole que era de las cosas de Dios y el dicho Atabalipa tomó el libro y le arrojó y dijo palabras en su lengua de soberbia y tornó a llamar a su gente por lo cual fue necesario antes que se acabasen de juntar RESISTIRLOS Y ACOMETERLOS porque de otra manera todos los cristianos murieran...” (Confesión de H. Pizarro en la causa criminal por la muerte de don Diego de Almagro. A. G. I., E. de C., 1007. Publicada por Mejina. C. D. I. H. de Ch., V, 406).

En este sorpresivo y artero ataque enemigo, la gente de Atao Wallpa —que según algunos cronistas llevaba sus armas escondidas— no pelearon ni trataron de hacer resistencia alguna. Muchos huyeron siguiendo a la multitud aterrorizada y otros perecieron asesinados a mansalva por la soldadesca española. Cuando después de poco más o menos “media hora” terminó la tragedia. Quedaron en la plaza del tambo de Cajamarca: de parte de los españoles un negro muerto y de los peruanos, miles de cadáveres entre niños mujeres, ancianos y soldados de Atao Wallpa. (Jerez, 333; H. Pizarro, 123; presuntos Mena, 87 y Estete, 376; Oviedo, V, 56; Ruiz de Arce, 424; Pedro Castaño, A. G. I., Patronato 90A, R. 11; A. G. I., E. de C. Leg. 1007 Jerez: 332, 229).

Ahora bien ¿cuántos fueron los asesinados de Cajamarca? Aunque tal vez nunca se conozca su número exacto, los testigos oculares dan las siguientes cifras:

Jerez: 2,000 (333); presunto Mena: 6,000 o 7,000 (87); Trujillo: 8,000 (59); Ruiz de Arce: 7,000; Diego de Molina: 2,800 (Oviedo, V, 92); P. Cataño (A. G. I., Patronato 90A, R. 11); Hernando de Beltrán 7,000; Mar-

tín Bueno: 3,000 “arriba”; Lucas Martínez de Vegaso: 4,000 (R. Porras en la *Relación de Trujillo*, 110).

En esta matanza — una de las mayores que registra la historia americana — la escolta y los anderos de Atao Wallpa, nos legaron una página de gloria. Todos ellos murieron cumpliendo estoicamente su deber, defendiendo hasta el último hombre la vida de su príncipe y Señor. (Jerez, 333; el presunto Mena, 87).

6º. El cuantioso botín recogido por los españoles después del prendimiento de Atao Wallpa, habría excedido los “dos millones de pesos de oro y plata”.

El testigo Yaku Willka, dice que:

“Después que los dichos españoles prendieron al dicho Atabalipa en el dicho Caxamarca tomaron y llevaron en su poder todo el tesoro de oro y plata y servicio que el dicho Atabalipa tenía y sus capitanes y señores que le seguían que eran muchos y de mucho valor y que el tesoro que allí tuvo el dicho marqués don Francisco Pizarro y Hernando Pizarro y sus hermanos y los demás españoles que con ellos vinieron fue de mucha suma y cantidad que este testigo no lo sabe ni tasar ni numerar mas que le parece que era mucho más de los que pregunta dice”.

En el interrogatorio presentado, se preguntaba: “Si saben que en la dicha prisión de Atabalipa y del despojo que allí a sus capitanes se les tomó hubo más de dos millones de oro y plata. . .” (A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fo. 61). Otro de los testigos oculares, don Diego Inga Mocha, refiere a su vez que:

“Luego los españoles comenzaron a tomar al dicho Atabalipa y a todos los demás todas las piezas de oro y plata que tenían para su servicio y sus criados y criadas y mujeres e hijos y hermanas y todo lo demás que hallaron de que se pudiese aprovechar que de todo ello no dejaron cosa alguna lo cual fue en muy gran número y cantidad que este testigo no lo sabe moderar porque aliende de que el dicho Atabalipa y sus capitanes y parientes traían muy gran cosa de oro y plata y joyas venían otros grandes señores en su acompañamiento que eran muy ricos y traían todo lo que tenían consigo que como dicho tiene era cosa de muy gran valor que no tenía cuenta ni razón. . .”. (A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fo. 83, 83v).

Confirmando la verdad de estas versiones peruanas, los cronistas españoles dicen, que en efecto, la cohorte de Atao Wallpa entró en el tambo de Ca-

jamarca impresionante y ricamente ataviada. Jerez, que los acompañantes de este príncipe venían “con armaduras, patenas y coronas de oro y plata” y él “en una litera forrada de plumas de papagayo de muchos colores, guarnecida de chapas de oro y plata” (332). P. Pizarro, refiere que: “era tanta la patenería que traían de oro y plata que era cosa extraña lo que relucía con el sol” (468); el presunto Mena que igualmente todos los hombres de Atao Wallpa traían: “patenas grandes de oro y plata como coronas en las cabezas” (84) y el presunto Estete afirma: “que ningún hombre de más de cincuenta mil que tenían de guerra, estaba sin una patena en la frente acicalada, de cobre o de oro o de plata; las cuales daban tan grande esplendor que ponía espanto y temor verlos” (374).

Aunque las versiones españolas no concuerdan en fijar el monto de este cuantioso botín, sus datos son tan ilustrativos que dan una clara idea de las riquezas despojadas al príncipe Atao Wallpa y a su gente. Las cifras dadas son las siguientes: *La Relación Francesa*: 40,000 castellanos y 30,000 marcos de plata (73); H. Pizarro: 40,000 castellanos y 4 o 5,000 marcos de plata (124); el Lic. Espinoza: 50,000 castellanos y 20,000 marcos de plata (39); el presunto Mena: 50,000 pesos de oro (88) y Jerez: 80,000 pesos de oro, 7,000 marcos de plata y 14 esmeraldas (334); aparte de las andas de Atao Wallpa que Pizarro las tomó para sí (Zárate, 472; Gómara, 231) y pesaron 83 kilos de oro de 15 kilates (Loredo, *Repartos*, 123)

7º. El cuantioso “rescate” no fue ofrecido tímida e incondicionalmente por el príncipe Atao Wallpa, como generalmente se cree; sino que éste fue exigido por Pizarro y sus hermanos con el compromiso de soltarlo después que lo hubiera pagado satisfactoriamente.

Los testigos peruanos, a despecho de los cronistas españoles y de las sutilezas históricas deducidas por R. Porras (nota 44 de la Relación de C. de Mena y nota 99 de la Relación de D. de Trujillo), sostienen de manera uniforme, que el autor de la idea del “rescate” no fue Atao Wallpa, sino el falaz y codicioso Pizarro.

Yaku Willka, dice que vio: “preso Atabalipa le pidió el dicho marqués le diese cantidad de oro y plata para él y sus hermanos y para los demás españoles que con él venían y el dicho Atabalipa dijo que así lo haría” (A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fo. 62). Diego Inga Mocha, otro de los testigos presenciales dice a su vez, que vio también cómo: “Don Francisco Pizarro y sus hermanos pidieron al dicho Atabalipa que le diese para ellos y los demás

españoles que con él venían cantidad de oro y plata el cual se lo prometió así” (Idem, fo. 83).

Refrendando estos testimonios, los otros declarantes de esta probanza, afirman que los distintos mensajeros enviados por Atao Wallpa manifestaron públicamente, que el tesoro que los curacas debían juntar, era para pagar el precio de la libertad de este príncipe, que se hallaba prisionero de los españoles. (Versiones de Gonzalo Zapaico, Alonso Pola, Sebastián Suyo, Gonzalo Xulca Guaranga, Pedro Nina Curi y otros. A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fs. 63, 66. 70v. 73, 74).

Por otra parte, el hecho de exigir “rescate” a los prisioneros de guerra, fue vieja costumbre europea y no americana, que los españoles impusieron en sus conquistas, como un recurso necesario para el pago de la soldadesca que llevaban. Cortés y Alvarado así lo hicieron, y Pizarro usó este medio, en la isla de Puná y en el valle de Piura; como después en Cajamarca con Atao Wallpa y en el Cuzco con Villaoma y Mango Inga Yupanqui. (A. G. I., Patronato 90A, R. 11; A. G. I. Patronato 107 R. 22; A. G. I., E. de C. Leg. 496A fo. 103; R. Porras. *Testamento de Mansio Sierra*. 1940, 63-72; *Jauja, Capital Mítica*. R. H. XVIII-II. 1950, 117-148).

8º Los capitanes: Inga Mayta y Urco Guaranga, fueron los que guiaron al capitán Hernando Pizarro y a su pequeña escolta, hasta el famoso adoratorio de Pachacamac.

Según se desprende de los testimonios oculares de Yaku Willka e Inga Mocha como de los otros declarantes de esta probanza, los capitanes: Inga Mayta y Urco Guaranga, extorsionados y temerosos de ser muertos, revelaron a Pizarro la existencia de las grandes riquezas que había en el antiguo adoratorio llamado de Pachacamac y a la vez, se habían comprometido conducir hasta ese centro religioso a Hernando Pizarro y a su pequeña escolta de españoles.

De estos dos capitanes no se tiene referencias claras. Sarmiento de Gamboa, cita a dos capitanes llamados “Urco Guaranga”; uno, partidario de Atao Wallpa, que sometió a los rebeldes “Guancavilca” y otro, consejero de Waskar Inka que había intervenido en la campaña contra los “Bracamoros” y después en la batalla de Cotapampa (Sarmiento, 266, 269; Cabello Valboa, 395, 438, 439, 457). Pedro Pizarro, refiere que uno de los dos hermanos de Waskar Inka, que llegaron furtivamente al tambo de Cajamarca, se

llamaba “Mayta Yupangui”, muerto después por la gente de Atao Wallpa (472). Sarmiento y Cabello Valboa, concuerdan a la vez en que un “Mayta Yupangui” fue uno de los capitanes más valerosos y leales de Waskar Inca (Sarmiento, 261; Cabello Valboa, 447, 448, 449, 454, 455, 480).

Ahora bien, ¿qué relación hay entre estos capitanes y los de la expedición al valle de Pachacamac? Aún no lo sabemos.

El testimonio de Yaku Willka y de los demás declarantes de esta probanza, desvanecen definitivamente la presunta temeridad de Hernando Pizarro y explican su baladronía y la impune profanación que hizo del ídolo Pachacamac, más aún si se tiene en cuenta que en la expedición a este centro religioso fueron muchos principales y un hermano de Atao Wallpa y quedó preso en el tambo de Cajamarca el “obispo” de este indicado adoratorio. (Jerez, 337; P. Pizarro, 479; Estete, 338; H. Pizarro, 127).

9º Las riquezas reunidas en el valle de Pachacamac, fueron tan cuantiosas, que según numerosos testigos oculares, fueron llevadas al tambo de Cajamarca por más de diez mil personas.

Yaku Willka y otros testigos presenciales —completando la Relación de Estete (340)— refieren que los curacas Apo Xaxa y Apo Nina Willka, de la provincia de los Yauyos y Guarochiri, bajo pena de ser quemados, fueron obligados a reunir la mayor suma de riquezas para pagar la libertad del príncipe Atao Wallpa. (A. G. I. Leg. 496A. Sebastián Suyo, fo. 71; Pedro Nina Curi, fo. 42v; Francisco Caroallalli, fo. 46; Martín Paucar, fo. 54).

El testigo ocular don Martín Tocari, curaca principal de los Hatun Yauyos, refiriéndose a los detalles de cómo se juntaron las riquezas de estas comarcas para llevarlas al valle de Pachacamac, refiere lo siguiente:

“Estando este testigo en esta provincia de los Yauyos donde es natural vió este testigo que vinieron mensajeros de ciertos capitanes del Inga que venían de Caxamarca con Hernando Pizarro los cuales enviaron a decir a los caciques y principales de esta provincia que ellos venían con el dicho Hernando Pizarro hermano del marqués don Francisco Pizarro al valle de Pachacama para el tesoro que allí había de oro y plata para se lo dar y entregar por tanto aquellos con toda brevedad y diligencia juntasen todo el género que tuviesen de oro y plata así en tejuelos como en vasijas y tinajas y joyas de sus mujeres y de otras cualesquier hechuras y

ganados y ropas finas y todo junto lo llevasen al dicho valle de Pachacama donde ellos iban y los amenazaban que que si luego así no lo hacían los quemarían a todos y así de este temor y miedo que hubieron vió este testigo que se juntaron mucha cantidad de todo lo susodicho y lo llevaron y cargaron en indios y lo llevaron al valle de Pachacamac donde entregaron y dieron en presencia y por mandado de los dichos capitanes (Inga Mayta y Urco Guaranga) del Inga al dicho Hernando Pizarro y asimismo vió este testigo traer de muchas otras partes y provincias así *yungas* como serranas muy gran cantidad de oro y plata y joyas y preseas de diversas hechuras y muchas ropas finas con sus chaperías de oro y plata y argentería y muchos ganados de la tierra y todo ello darlo y entregarlo al dicho Hernando Pizarro” (A. G. I., E. de C. Leg. 496 A fo. 81v).

Este mismo curaca, relatando el saqueo del adoratorio de Pachacamac, refiere a su vez lo que sigue:

“Vió este testigo como de la Casa del Sol del dicho valle de Pachacama y del adoratorio del ídolo Pachacama y de los tesoros y depósitos y entierros y *mamaconas* que allí había sacaron muy gran cantidad de oro y plata de vasijas y cántaros y tinajas cocos ollas y cazuelas y culebras y sapos tigres y leones y hombres y mujeres y otras muchas hechuras de diferentes maneras todo de oro y plata lo cual todo vió dar y entregar al dicho Hernando Pizarro por mandado y en presencia de los dichos capitanes del Inga que el uno se llamaba Mayta Inga Yupangui y el otro Urco Guaranga y así todo junto lo vió este testigo hacer líos y cargarlo en indios serranos y *yungas* diciendo que lo llevaba a Caxamarca donde los estaba esperando el marqués don Francisco Pizarro y así vió este testigo que todo ello junto era muy gran cantidad y vió que iban Más de diez mil indios cargados con el dicho tesoro y preseas de oro y plata que dicho tiene y sin estos indios cargados de oro y plata vió otros muchos con ganados de la tierra también allí y así se fueron con todo ello camino a Caxamarca y este testigo se volvió a su tierra” (*ibid*, fo. 82).

Aunque los cronistas: Hernando Pizarro (127), M. de Estete (339), el presunto M. de Estete (384), el presunto Mena (94) y otros, afirman que los tesoros de Pachacamac— todavía antes que llegaran los expedicionarios— habían sido en su mayor parte escondidos, los testigos peruanos, sin descartar esta posibilidad, dicen que de todos modos los tesoros robados allí, con los traídos de las comarcas vecinas, sumaron tanta cantidad que todo ello fue cargado según la mayoría de las versiones, por más de diez mil personas. (Testimonios de: Sebastián Suyo, fo. 71v; Martín Atrico, fo. 58v; Al-

fonso Pola, fo. 69; Hernando Naypa Xulca, fo. 51v; Martín Paúcar, fo. 54v etc. A. G. I., E. de C. Leg. 496A).

Si bien, tal vez nunca se sepa la cantidad de los tesoros reunidos en este valle, las versiones españolas — aunque no concordantes entre sí — nos dan las siguientes cifras: Estete: 90,000 pesos (340); Luis de Maza: 80,000 (A. G. I., Patronato, leg. 150 N° 6 R. 2); Hernando Pizarro: 85,000 castellanos y 3,000 marcos de plata (127) y Jerez: 27 cargas de oro y 2,000 marcos de plata (337).

10° Atao Wallpa al darse cuenta que lo habían engañado, y recibido el “rescate” no lo soltaban, dramáticamente gestionó su destierro a España.

La versión oficial del Secretario de la hueste, Pedro Sancho de la Hoz, demuestra, en cierto modo, el embuste de Pizarro en el cumplimiento del pacto con Atao Wallpa.

El citado cronista dice lo siguiente:

“El Gobernador mandó que el notario extendiera una escritura (el pacto del rescate fue hecho en escritura pública según P. Pizarro, 470), en la cual daba por libre al cacique Atabalipa y le absolvía de la promesa y palabra que había dado a los españoles que lo prendieron de la casa de oro que les había entregado; la cual escritura hizo pregonar públicamente a son de trompetas en la plaza de aquella ciudad de Caxamalca, notificándola también al dicho Atabalipa por medio de una lengua”.

Seguidamente refiere Sancho de la Hoz, que por el mismo pregón se mandó decir: “que porque convenía al servicio de S. M. y a la seguridad de la tierra, quería mantenerlo preso con buena guarda, hasta tanto que llegaran más españoles” (16).

Conocida por Atao Wallpa la decisión del comando enemigo, comprendió con amargura que su suerte estaba echada y que no le quedaban sino dos caminos: gestionar su destierro a España y en último extremo optar por su liberación violenta.

Los declarantes peruanos, testigos presenciales de este conmovedor intento, refieren que Atao Wallpa por sí y por intermedio de sus capitanes solicitó su destierro a España.

Don Sebastián Yaku Willka, dice: “Vió . . . que se trató entre los capitanes del dicho Inga con el marqués don Francisco Pizarro y el mismo Atabalipa que le soltasen de la dicha prisión y le envasen a España a su magestad y que daría a su magestad y a ellos mucho más de ello que les había dado . . .” (A.G.I., E. de C., Leg. 496A, fo. 62).

Don Diego Inga Mocha, curaca de los Yauyos, que:

“Vió este testigo que el dicho Atabalipa temiéndose que lo matasen pues no le soltaban con tanto dinero que les había dado le dijo y trató con el dicho marqués don Francisco Pizarro y sus capitanes y hermano que no le matasen sino que le envasen a los reinos de España al gran Rey que a ellos había enviado allí que él daría para llevar a su magestad más de otro tanto como les había dado que eran los dichos seis millones . . .” (*ibid*, fo. 84v).

Don Diego Cayo Inga, descendiente de Pachacuti Inga Yupangui, a su vez, que:

“Oyó decir y tratarse en el tiempo que estaba preso el dicho Atabalipa entre muchos caciques y principales que el dicho Atabalipa había ofrecido dar a su magestad porque no le matasen y lo llevasen a España seis millones de oro y plata y habiéndoselo ofrecido que lo daría y el dicho marqués don Francisco habiéndole prometido que así lo haría y cumpliría después otra vez habiendo comunicado y tratado todos los españoles que se cumpliese lo que pedía el dicho Atabalipa este testigo se halló presente al ofrecimiento que el dicho Atabalipa les prometió dar los seis millones y estaba también allí su padre (Segunda Persona, que había sido de Wayna Qhapaq) de este testigo que ya es difunto al dicho tiempo que se trató allí QUE EL DICHO MARQUES NO HABIA QUERIDO PENSANDO QUE EL DICHO ATABALIPA NO LO PODRIA CUMPLIR Y PORQUE NO SUPIESE SU MAGESTAD LO MUCHO QUE EL DICHO ATABALIPA LES HABIA DADO . . .” (*ibid*, fo. 99v, 100)

Otros testigos oculares y de oídas que declararon en esta probanza, igualmente concuerdan en esta dramática y desesperada gestión que Atao Wallpa hizo para ser desterrado a España y salvar su vida.

Aunque en otros documentos y relaciones de esta época, no aparece claramente este hecho, sin embargo, de sus textos se desprende la verdad del ofrecimiento de Atao Wallpa para lograr su destierro a “los reinos de Es-

paña“. En la carta del Lic. Espinoza al Emperador (10. X. 33) se dice que este príncipe, pidió a Pizarro: “muchas veces que lo envíasen a España”. Los testimonios del soldado P. Cataño (A. G. I., Patronato, leg. 90A, R. 11) y de H. Pizarro (C. D. I., H. Ch., V, 365) confirman a su vez este género de gestiones que hizo el indicado Atao Wallpa. Algunos cronistas, aunque muy vagamente, dan a entender que hubo interés en algunos españoles para que a este príncipe se le enviase a España. Zárate, refiere, que Atao Wallpa, pidió a Pizarro, que para evitar sospechas de su actitud lo envíasen a un “navío de la mar” (479). El presunto Estete, que la mayor parte de la gente: “se opuso a la muerte de Atao Wallpa” (387) y P. Pizarro, que el capitán Hernando de Soto, para salvarle la vida se comprometió “a ponello en la mar para que lo llevasen a España” (483).

11º El asesinato político de Atao Wallpa, provocó el repudio general a los españoles.

Sin entrar en debate, sobre si fue justificado o no el asesinato político de Atao Wallpa, citamos a continuación algunas de las opiniones vertidas por los testigos peruanos, para quienes el jefe enemigo, al ordenar la muerte de este príncipe faltando a su palabra, había cometido verdaderamente un crimen.

Hernando Naypa Xulca, pastor (*llama michiq*) que había sido de Waskar Inka, dice que la injusta muerte de Atao Wallpa, provocó: “mala voluntad contra los españoles... y los tienen por mentirosos por causa que habiéndole dado (Atao Wallpa) tan gran tesoro como era fama... y mucho más que lo había prometido... lo mataron” (A. G. I., E. de C., Leg. 496 A, fo. 50v). Martín Paucar: “... que no embargate todo lo que había dado al dicho marqués don Francisco Pizarro... vino nueva como le habían muerto (*ibid.* fo. 53). Diego Poma Ricuri: “Que sin embargo de todo esto el dicho marqués había mandado matar al dicho Atabalipa” (*ibid.* fo. 77). Pedro Nina Curi, que Atao Wallpa por su libertad: “había dado y entregado a los dichos españoles muy gran cantidad de oro y plata (que) allí había hecho juntar el dicho Atabalipa para su rescate y con todo eso le habían muerto y se quejaban los indios principales de la dicha provincia (de los Yauyos) por el gran daño que a ellos les venía así por su muerte” (*ibid.* fo. 47v). Los otros testigos, igualmente censuran abiertamente a Pizarro, por no haber éste cumplido con su palabra.

Finalmente, otros conquistadores, confirmando la citadas versiones, dicen que, en efecto, Atao Wallpa en cumplimiento del pacto del “rescate”, dio más de la cuenta y, no obstante, Pizarro le había mandado matar. (A.G.I. Patronato, leg. 187, R. 21. Testimonio de Diego de Trujillo, Tomás Vásquez, Pero Alonso de Carrasco, Bernabé Picón y otros).

Ahora bien, al margen de los testimonios indicados, podemos afirmar que el asesinato político de Atao Wallpa obedeció a causas complejas derivadas, en parte, de los intereses españoles; de las ilusiones libertarias de los curacas y de las propias ambiciones restauradoras del bando legalista cuzqueño. De manera que un posterior análisis serio de estas causas y del estado político del Imperio durante la permanencia española en Cajamarca, aportará nuevos elementos de juicio que darán al traste con los intentos justificatorios de los Pizarros y de los Almagros y con las simplistas afirmaciones de culpar al inefable Felipillo, de la muerte del infortunado Atao Wallpa.

Ahora bien, ¿quienes fueron realmente los beneficiarios del asesinato político de Atao Wallpa? ¿los españoles?, ¿los curacas regionales?, ¿el bando legalista cuzqueño?, ¿todos juntos? Aunque para sustentar cada una de estas presunciones se requiere de nuevos elementos de juicio confiables históricamente, sin embargo, la posible respuesta es fácilmente intuible.

12º Después del trágico final de Atao Wallpa, Francisco Pizarro, ordenó la tortura y muerte de muchos de los capitanes, parientes y servidores de este príncipe, que se negaron a darle nuevas riquezas y a revelar el derrotero de los presuntos tesoros escondidos.

Esta denuncia que no aparece en las versiones conocidas, es confirmada por varios testimonios oculares. Chuqui Xulca, señor principal de la *Uacta* de Sangallaya, dice que: “vió este testigo que además de haber muerto al dicho Atabalipa como dicho tiene vió que el dicho don Francisco Pizarro y los dichos sus hermanos hicieron matar mucha cantidad de indios deudos y parientes del dicho Atabalipa y (a) otros principales e indios en mucha cantidad y matara muchos más si no se huyera y este testigo se huyó porque no le matasen” (A.G.I., E. de C., 496A, fo. 35v). Don Alonso Pola, afirma a su vez: “que vió matar cuando mataron los españoles al dicho Atabalipa cada día de allí en adelante por cualquier cosa liviana mataban mucho número de ellos . . .” (*ibid*, fo. 68). Don Hernando Curi Guaranga, que: “cuando llegó a Caxamarca como dicho tiene vió matar harta cantidad de indios capitanes y principales fuera de los dichos muertos que estaban tendidos en los campos y otros heridos que este testigo vió por los caminos mo-

rir" (*ibid.* fo. 94v). El curaca Inga Mocha, que después de la muerte de Atao Wallpa: "Mataron — los enemigos — muy gran cantidad de capitanes y mayordomos y criados del dicho Atabalipa que asimismo sabían los secretos donde estaban los dichos tesoros y depósitos y minas y si algunos viejos quedaron que podían saber de estos dichos tesoros tomaron tanto aborrecimiento con el dicho marqués y españoles que porque no viniesen a su poder los cegaron y taparon todo ello" (*ibid.*, fo. 85). Finalmente dice don Diego Cayo Inga, del linaje de Pachacuti Inga Yupangui, que por haber sido muertos los parientes y capitanes de Atao Wallpa quedaron "encubiertos todos los secretos y tesoros que sabían donde estaban que jamás se han podido hallar ni saber a donde quedaron enterrados y escondidos hasta el día de hoy" (*ibid.*, fo. 100v).

Los otros testigos de oídas que declararon en esta probanza, sostienen igualmente, que ellos supieron, cómo después del asesinato de Atao Wallpa, Pizarro, cruelmente había mandado matar a muchos de los capitanes y parientes de este infortunado príncipe.

13º El cerco de la ciudad de Lima, fue alzado por el comando patriota, después de poco más o menos ocho días de asedio.

Como aparece en nuestros estudios sobre los testimonios de don Hernando Curi Guaranga (*Cuadernos Americanos* Nº 5-1970) y de cinco soldados que habían sido de Waskar Inka (Revista *Cantuta* 1970), el comando del ejército patriota que marchó sobre la ciudad de Lima, estuvo dirigido por el Capitán General Quizu Yupangui e integrado por los famosos capitanes: Paucar Guamán, Illa Thopa, Yamqui Yupangui, Puyo Willka, Xaxalla Wallpa Roca, Allin Songo y muchos otros, quienes después de haber desbaratado a todas las expediciones españolas enviadas para auxiliar a los sitiados del Cuzco, resolvieron atacar esta ciudad enemiga. (Gómara, 239; Zárate, 488; P. Pizarro 521; Garcilaso, IIa. parte, lib. II, cap. XXVII, 134, 135, *Relación anónima del sitio del Cuzco*, 52, 56; C.D.I.H.Ch., V, 197; Probanza de Martín de Sicilia, A.G.I. Lima, leg. 204; Probanza de Francisco Cusichaca, A.G.I. Lima, leg 205; Benzoni, 15; Herrera, Dec. V, lib. VIII, 59; Montesinos, I, 91; Probanza de Taulichusco, A.G.I. Lima, leg. 205; Probanza de Francisco y Martín de Ampuero, A.G.I. Lima, leg. 204; Murúa, 203; Borregán, 36; Probanza de los Yanacuna de Francisco Pizarro, A.B.N., Leg. A15-1550; Testimonio de Poma Ricuri, A.G.I., E. de C., Leg. 496A., fo. 79v; Testimonio de Juan Yaucha, Juan Merlo Chauca, Pedro Suyo, A.G.I., Justicia 413., Expediente facilitado por la Sra., M. Rostworowski, etc.).

En cuanto al efectivo peruano que vino a asediar la ciudad de Lima, las versiones españolas proclives a la presuntuosa exageración, dicen que fueron más de 50,000 hombres y que fueron vencidos por 500 españoles. (*Relación Anónima del sitio del Cuzco*, 53; Carta de los oficiales de Sevilla al Emperador, Sevilla, 17. III. 1537). Lo más razonable en este punto, es la versión de los testigos oculares peruanos para quienes el efectivo de nuestro ejército fluctuó entre los 20,000 a 30,000 hombres (Versiones de Chuqui Xulca, de Gonzalo Zapaico, Diego Poma Ricuri, y de Gonzalo Xulca Guaringa. A. G. I., E. de C., Leg. 496A, fs. 36, 76v, 79v 40).

El ataque a la ciudad, debió ocurrir en el mes de agosto de 1536. En la carta de los oficiales de Sevilla dirigida al Emperador que hemos citado, se dice que: “en fin de agosto”, Pizarro con 500 hombres de a caballo y de a pie “venció” a 50,000 peruanos de guerra, matándoles de 3 a 4,000 de ellos, con pérdida de un español. Ricardo Palma entre las tradiciones que recogió, refiere que se puso una cruz en la cima del cerro San Cristóbal (14. IX) para recordar la retirada de las fuerzas peruanas, donde años después se construyó una pintoresca ermita (D. Angulo. *La ermita...* R.H. Tomo V-III; Montesinos, I, 91).

Según diversas fuentes, en la violenta ofensiva contra la ciudad, murió heroicamente el legendario Capitán General Quizu Yupangui junto con una cuarentena de sus capitanes. El soldado Sebastián Suyo dice que lo mataron de “una lanzada que le dieron al pasar el río” (A.G.I., E. de C., 496A, fo 72). Otro soldado don Pedro Xuyo, curaca de los Hanan Yauyos, que los españoles lo “mataron en esta ciudad (A.G.I., Justicia, leg. 413, fo. 51). Martín de Sicilia, en la probanza que hizo en su favor, se atribuye la muerte de este famoso Capitán General (A.G.I., Lima, leg. 204). *La Relación Anónima del Sitio del Cuzco*, que el jefe patriota, murió a la entrada de la ciudad con cuarenta de sus capitanes (55). Guaman Poma, erróneamente afirma que lo mató el capitán Luis Dávalos de Ayala en una acequia de la localidad de “Lati” (392) y el tardío Múrua, que nuestro héroe herido en una rodilla, murió después en la puna de Chinchaycocha (206).

Al referirse al sitio de Lima, los cronistas olvidan decir, que esta ciudad fue defendida por los miles de colaboracionistas que apoyaron resueltamente a los españoles. Según se desprende de distintos documentos de reconocida confiabilidad histórica, entre los colaboracionistas se hallaron soldados procedentes del Valle de los Guaylas — del curacazgo de Condor y Guacho, madre de doña Inés, amante de Pizarro — (A.G.I., Lima, leg. 204) del valle de

Jauja con el curaca Luna Vilca (A.G.I., Lima, leg. 205), de los valles comarcanos a Lima, de Pachacamac, Lurigancho, Chilca, Surco, Guarochiri y de otros (A.G.I., Lima, leg. 204), además de los *yanacunas* de Francisco Pizarro (A.B.N. Leg. A15). R. Porras, “Doña Inés” . . . *El Comercio*, 5. IV. 1953; J. A. del Busto *F. Pizarro . . .*, 213; M. Ballesteros-Gaibrois, *Historia . . .* 278; J. J. Vega., R.H. Tomo XXVIII, 254; R. Vargas Ugarte, *Historia I.*, 114; H. López, “El cerco . . .”, *El Comercio.*, 1º II. 1963.

Los testigos que intervinieron en esta acción como soldados de línea, dicen que el cerco de la ciudad de Lima, duró “ocho días” poco más o menos (A. G.I., E. de C., Leg. 496A). Los *yanacunas* de Francisco Pizarro en la probanza contra Gonzalo Taulichusco: “cuatro días”; Zarate (488) y Gómara (239): diez días. Montesinos, un total de “doce días” (I. 92). La confiable *Relación anónima del sitio del Cuzco*, refiere que el violento ataque a la ciudad se hizo al “sexto” del asedio y que muerto Quizu Yupanqui en esta acción, el comando patriota, estratégicamente, se retiró a la sierra central, donde como sabemos posteriormente continuó la guerra de Reconquista.